

su vida. Esclavos hacía a los vencidos, los marcaba con hierro candente como a los caballos y los vendía como si fueran la más vil de las mercancías. No hablemos de su conducta con el crédulo y generoso Moctezuma, a quien arrancó del palacio en que vivía, hizo presenciarse con grillos en los pies la ejecución de mexicanos independientes y obligó a decir a su corte y a su pueblo que en adelante habían de pagar los tributos a nuestro emperador, acto que no pudo aquel rey verificar sin que se le arrasasen en lágrimas los ojos. A los tesoros y a las muestras de respeto que de Moctezuma recibió, no supo corresponder sino con indignas humillaciones.

La esclavitud la establecimos en todas partes: en unas descaradamente; en otras, en las más, bajo el hipócrita nombre de encomiendas. Se repartía los vencidos y se encomendaba a los conquistadores que los instruyeran en los sagrados e indiscutibles dogmas, y sobre todo en los oscuros ritos de la religión cristiana. Los religiosos *encomenderos* los destinaban en su exclusivo provecho a los más rudos trabajos, importándoles poco que sucumbieran de hambre y de fatiga. A los pocos años de haberse ganado la isla de Santo Domingo, tan despoblada quedó, que se hubo de ir a buscar en la Florida esclavos para la labor de las minas.

Está aún por escribir la historia de España: nuestra historia viene hoy por hoy reducida a una serie de leyendas. Urge que se las reemplace por la historia verdadera, a fin de que no padezcamos ilusiones como las que nos han traído a las presentes guerras. América toda se ha sublevado en este siglo contra nosotros y ha conseguido al fin dejarnos sin una pulgada de territorio. Es el justo castigo de los crímenes que hemos convertido en glorias.

FRANCISCO PI I MARGALL.

27 Agosto 1898.